

**LA EDUCACIÓN LÚDICA
EN LA PROMOCIÓN DEL CIVISMO.
REFLEXIONES DEL
EDUCADOR Y EDUCANDO**

Rodrigo Escobar Navia
EX-MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL

Como es sabido, una de las diferencias fundamentales entre el hombre y los demás seres vivos que lo acompañan en el planeta es su condición esencial de *ents educandum*. Es un hecho básico y distintivo de su necesidad de aprender a ser. Se trata de un ejercicio pedagógico ininterrumpido que comprende toda su existencia, desde antes de nacer, hasta el final de sus días y que lo lleva a vivir aprendiendo y a aprender viviendo en estrecha unión con sus semejantes con quienes está siempre ligado, u obligado, en las obligaciones que lo incorporan a la urdimbre de la solidaridad social de su especie. Y ello, en claro contraste con los otros seres vivos que nacen aprendidos o programados en sus mismas naturalezas.

Lo cierto es que el hombre —y no sólo el hombre en general— sino cada uno en particular, tiene que aprender a ser con sus congéneres, haciendo en la práctica y en una forma personal e intransferible el recorrido que la humanidad hizo desde los primeros prodigiosos momentos de su emergencia del reino animal hasta el nivel de único ser consciente de la Tierra. El hombre tiene que aprender a pararse, a erguirse sobre sus propias plantas, a caminar, a cogerse de la mano, a desarrollar sus limitadas posibilidades, tiene que aprender a hablar; el hombre es el animal que habla, decía Aristóteles, tiene que aprender a adueñarse del lenguaje, de una lengua que fueron creando sus antepasados en el larguísimo

pasado mayoritario, tiene que humanizarse y esa formación y creación del hombre por el hombre, es la tarea básica de la educación. Fundamentalmente el aprendizaje del hombre para aprender a ser humano se hace viviendo; jugando aprendemos a caminar, a hablar, nos adueñamos de nuestro lenguaje jugando.

En el vientre materno empezamos el largo aprendizaje del amor, que es el aprendizaje creador, posibilidad humana, aprendiendo a amar siendo amados. Aprendiendo a ser y estar seguros siendo y estando protegidos. Aprendiendo a convivir conviviendo. Una vez salidos al mundo, al perder y dejar el paraíso de las entrañas maternas, seguimos aprendiendo jugando. Por medio del juego aprendemos a apropiarnos de nuestras manos y a cultivar sus posibilidades en todos los campos de la vida.

Jugando con nuestros padres, con nuestros hermanos, con nuestros amigos y, en general, con nuestros compañeros de juego, aprendemos a querernos, a querer y respetar a los otros como legítimos, según la feliz expresión del biólogo chileno Humberto Maturana, quien afirma que la creación humana, la aparición de la especie habría sido obra de la biología del amor y de “*la biología del conocimiento*”.

De la mano de los demás y muy especialmente de los adultos protectores y educadores que lo rodean, aprende el pequeño animal pre-humano que hay en cada niño, la *politesse*, que, según el autor del muy sabio “*Pequeño Tratado de las Grandes Virtudes*” (1) la entiende como el comienzo de las

(1) COMTE Sponville, André, **Petit Traité des Grandes Vertus**, Presse Universitaire de France, París, 1995

virtudes, la primera virtud, la gimnasia moral del cuerpo. Párese, salude, extiende la mano, eso es pura gimnasia y por eso le llaman gimnasia moral del cuerpo, es un adiestramiento, es una primera domesticación del buen salvaje de Rousseau, es un principio de humanización, de la socialización temprana. Y dice el autor del libro, que así como la naturaleza tiende a seguir al arte en la *politesse*, esa gimnasia moral del cuerpo tiende a ser seguida por la ética. El aprendizaje es el respeto físico de cada uno y del otro. En este sentido el deporte puede considerarse como la cortesía de la agresividad, las reglas del juego de los distintos deportes, constituyen y ensayan distintas versiones de ella. Estos son aportes fundamentales para el logro de las actitudes, aptitudes y posibilidades básicas del hombre que en altísima medida tenderán a definir su potencial de ascenso o progreso.

Las artes son la educación de las pasiones, de las emociones, son la manera como el hombre descubre su propia sensibilidad, como la cultiva, como aprende a dominarla en alguna forma, a someterla a unos cánones de estética que llevan incluso a la estética de la conducta, al auto gobierno, al auto control, al auto dominio. Esas son etapas básicas para la formación del ser humano como miembro de una familia, como ciudadano capaz de convivir, de ser buen vecino, amigo; como ser libre, consiente, creador responsable. De ellas dependen su vitalidad, su salud, su educación, su apetito de ser más y su capacidad y voluntad de dominar sus impulsos, su civilidad o disposición a civilizarse, a aceptar los mandatos y las exigencias esenciales de su propia cultura, que en principio tienen que ser conocidas y reconocidas, entendidas y comprendidas por la razón práctica de sus respectivos miembros o *civilizados* para que pueda operar en una interacción madura y creadora, que es la interacción propia de las asociaciones de los seres vivos para la defensa y la promoción de la vida.

Etapa clave, crítica y estratégica de ese proceso de formación civilizadora de los seres humanos —como podríamos llamarla parodiando a Elías— es sin duda la de los tres, cuatro o cinco primeros años de edad, como lo exponen con claridad y autoridad los distintos y reconocidos autores del libro “*Niñez y democracia*”, (2) —con prólogo de Marta Maurás, exdirectora regional de la Unicef— fase en la cual se conformaría en el aprendizaje de ser humano que hay en cada niño, lo que los autores denominan muy gráficamente “*la pre-ciudadanía*” vista y definida por ellos como la base propia y el mismo comienzo de la ciudadanía propiamente dicha, su condición previa y su introducción a la posterior vida ciudadana consciente, como lo vieran los grandes descubridores y estudiosos de la formación de los seres humanos: Piaget, Freud y Eric Ericsonn y el propio Humberto Maturana en nuestros días.



Con el advenimiento de la modernidad occidental, con sus ideologías dominantes, su división del trabajo, su creciente complejidad social e institucional, su relativa marginalización de la familia, pero sobre todo con la irrupción del capitalismo y con él, del pragmatismo, el utilitarismo y el individualismo, se ha tendido a pasar de la educación formadora de los seres humanos a la instrucción informadora y adiestradora de trabajadores, profesionales, agentes y protagonistas de las economías; como si lo más importante fueran la capacitación y el entrenamiento de cada uno como *homo economicus*, *homo faber*, productor, trabajador, comercializador, consumidor o usuario de los bienes y

(2) PIZARRO, Crisóstomo y PALMA, Eduardo, ***Niñez y Democracia***, UNICEF, Editorial Ariel, Santa Fe de Bogotá, 1997.

servicios de la economía, olvidando que el ser humano se forja en el hogar, en donde surge la primera democracia de la matristica de que habla Humberto Maturana. Hasta el punto de desconocer y fragmentar su unidad para no ver al hombre todo, ni a todos los hombres, sino pedazos de ellos, como cabezas, brazos, cerebros, mano de obra y pie de fuerza. Y se sustituye el desarrollo humano propiamente dicho por lo se ha llamado "*el desarrollo de las cosas*".

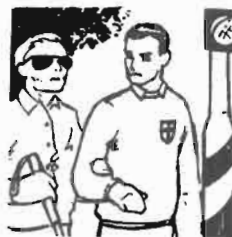
En la Colombia actual todo parece señalar no sólo la necesidad sino la urgencia vital de comprometer las mejores energías de la sociedad en sustantivas acciones de formación humana, de educación ciudadana, de promoción, cultivo y fomento de las virtudes cívicas en primer lugar en el hogar, desde la crianza misma y la estimulación temprana, siguiendo con la vecindad, la escuela, los medios de la comunicación, las empresas y las diversas instituciones en general.

Colombia tiene el segundo puesto, entre 17 países mega-diversos. Tiene el 10% de la fauna del planeta y la flora es de una enorme riqueza. Un capital físico incipiente que apenas hemos empezado a construir, un capital humano por desarrollar. Pero nos falta capital cívico, capital social y por eso la crisis de confianza, los conflictos, la violencia, somos el país más violento del mundo, con la mayor impunidad y esto frena el desarrollo en todos los órdenes. No queda la menor duda, la primera urgencia de Colombia es desarrollar el capital cívico, es dejar de matarse, es convivir y eso tiene que ver con la educación básica, con esa creadora de seres humanos capaces de vivir como seres humanos, de entenderse como seres humanos con los semejantes, por eso es muy importante reparar en la necesidad de una acción educadora en Colombia.

Nos urge a los colombianos sumar todas nuestras fuerzas, organizaciones e instituciones en una gran empresa de educación para la vida y para la convivencia, para la alegría de vivir y para la promoción de la calidad de la vida, y desde luego también para la creatividad, la productividad, el trabajo y la competitividad internacional de los colombianos. Acuerdo y movilización que debe reconocer y asignar la importancia y el poder pedagógicos de las fuerzas del amor, de los sentimientos y las emociones, de los distintos elementos de la lúdica, de los juegos, del cuidado y la crianza de los niños, del aprendizaje; el culto y la práctica de los distintos deportes y con ellos del sentido del juego limpio; del respeto por el otro y de la transparencia de las actitudes y los comportamientos; del cultivo de las diversas artes con que los hombres de todos los tiempos fueron aprendiendo a descubrir, a expresar y a gobernar sus más hondas tendencias afectivas.

La educación es la llave maestra, todas las soluciones a los problemas de fondo pasan por la educación, la pobreza, el empleo, la competitividad internacional, pero también la vida, la paz, la convivencia, la democracia; todo eso exige educación. Más y mejor educación y parte importante de esa educación está en la vida misma. Es la educación en la casa. Se debería pensar mucho más en la crianza, en el papel de los padres, en escuelas de padres, asociaciones de padres, clubes de padres, talleres de padres. Teníamos la idea vaga de que ser padres era hacer lo mismo que hicieron nuestros padres con nosotros. Eso no es tan claro porque el mundo ha cambiado mucho y sigue cambiando, por eso la historia no es tan clara maestra de la vida, sigue siéndolo, pero no en una forma obvia, mecánica ni fácil. Hay que fijarse muchos más esfuerzos y acomodo de las enseñanzas grandes del pasado para ajustarnos a la vida cambiante y cada vez más compleja. Hay una gran tarea por hacer con los padres. También hay que pensar

en los vecinos, la educación en el ambiente, por el ambiente, la *educación atmosférica* como la llamaba alguna vez Ortega y Gasset, la que se respira. Hay ciudades en donde se respira civismo, se ve, se goza. La ecología se aprende viviendo, los valores



se aprenden viviéndolos. El discurso se agota, se desgasta, se distorsiona. Lo importante es la acción, la vida misma, tenemos que pensar en recuperar el prestigio del magisterio, la humildísima tarea del educador, incluso comenzando por revalorar la educación distinguiéndola de la instrucción. A las nuevas generaciones no les gustan las palabras, el discurso negociado de la acción es más genuino y yo creo que ese es un valor humano muy importante.

Esta movilización la deberíamos emprender desde la casa a la nación, poniendo especial atención al hogar, a la escuela y a la ciudad, como lo vienen recordando felizmente las ciudades educadoras. La ciudad es educación o es un infierno, la ciudad es obra es de la ciudadanía, los ciudadanos construyen la ciudad como los demócratas construyen la democracia. Nosotros hemos perdido de vista esa realidad. Creemos que la democracia es un juego de leyes, de instituciones y que no es la vida misma. Es la ciudad la única que puede construir ciudades, es decir, comunidades de ciudadanos unidos por la solidaridad y las obligaciones del civismo, la ética civil, civilizada y civilizadora de los ciudadanos que levantan, mantienen y desarrollan las ciudades. Ciudades pedagógicas como las *polis* griegas y las *civitas* romanas, entre las cuales sobresalen hoy París y Barcelona.

Los griegos consideraron siempre que la política se hacía en el espacio público. La palabra público viene de pueblo, es lo que le pertenece a todo el pueblo. La sociedad en un momento

dado se reunía en el espacio del pueblo, el espacio público, para debatir los asuntos del pueblo, los asuntos públicos y así surge la cosa pública, *la res pública, la república*. Si el espacio público se abandona, si no hay un sentido de lo público, no hay comunidad, ni ciudad, y una de las grandes deficiencias nuestras es ésta.

Uno de los grandes problemas de Colombia es la tradición de la adhesión pasiva, no de la participación activa. La Constitución del 91, en buena hora, ha hecho un llamado a la participación activa, pero hay que cultivar ese mandato, porque el colombiano tiende a creer que lo público es lo de nadie, no lo de todos. Una sociedad en donde no haya sentido de lo público, es una sociedad que puede ser víctima de la corrupción, de la violencia porque cualquiera se lleva los bienes públicos.

Así parece claro que el hombre no existe más que por su formación como hombre, que la educación constituye la fuerza queda en la creación del hombre por el hombre a través de la cultura, y que no basta crear al ser humano consciente, libre, responsable, creador y solidario, ciudadano, vecino, amigo y miembro de familia, sino que además hay que ofrecerle las oportunidades, los espacios y los medios indispensables para que pueda llegar a ser productivo y útil.

En forma breve y un poco esquemática podría resumirse diciendo que, primero es la educación formadora del *homo sapiens* y que sólo después y no con la misma trascendencia, vendrán la *instrucción* y los *adiestramientos* para hacer el *homo faber*, el ser productivo y útil. Dicha perspectiva parece tender a invertirse a los ojos de un mundo distorsionado en su visión de las cosas por los cristales de los positivismos, pragmatismos y utilitarismos a través de los cuales se trata de verlas.

Los colombianos vemos con más claridad que la educación es la llave maestra para abrir las puertas del futuro que anhelamos y necesitamos. Hasta el punto de convertirse en la condición *sin equa non* de las soluciones a todos nuestros problemas verdaderos, como la pobreza, el empleo, la competitividad, el desarrollo económico y social, la vida. Además de las preocupaciones más graves generadas por la violencia, que como las deficiencias e imperfecciones de nuestra democracia formal, demandan más y mejor educación. Se trata de una educación para la vida y para la convivencia; y para la vida y la convivencia con calidad y el desarrollo humano sostenible y sostenido de todos los colombianos y las colombianas en todos los campos de la vida.

Esta revolución educativa debe comenzar por reconocerle toda la proyección que ciertamente ha tenido, tiene y tendrá siempre la formación de los seres humanos desde la familia hasta la ciudad, la nación y ahora el mundo de la globalización.

Tenemos que proponernos alcanzar un futuro compartido, que sin duda se ofrece a nuestras fuerzas en el primer siglo del tercer milenio de la civilización más internacional de todos los tiempos, como ciertamente es la nuestra.